

se basa en un hecho efectivo, y que mucho comentó la prensa del norte y también la de Santiago.

Lo que suele ocurrir es que se juzga a los libros por la impresión que dejan las primeras páginas. Y se comprende: un crítico profesional carece de tiempo para leérselo todo; luego, si el comienzo le disgusta, por una razón cualquiera, pierde el ánimo para seguir adelante, y el dictamen cae precisamente sobre lo más débil. El crítico viene a ser así el juez que diera su fallo basado en las primeras hojas del expediente.

Por lo demás, las equivocaciones de la crítica que dicen oficial llegan a veces a lo cómico. Las de Sainte-Beuve, tenido por el príncipe de los críticos, son clásicas.

Víctor Domingo Silva, que lleva en su interior al Judío Errante, ha carecido de las horas necesarias para pulir su pluma, y ha entregado los tesoros que recogió en sus vagabundeos por la pampa, no envueltos en papel de seda, sino en papel de diarios, y los hombres pulcros han torcido la nariz en vista de la envoltura. No han querido ver cuánta emoción, cuánta vida intensa vibra en estas páginas trazadas con el lenguaje cotidiano, y se han negado a reconocerles un mérito positivo.

Pero la gran mayoría de los que leen buscan la nuez y desprecian la cáscara. El poeta-comediógrafo-novelistas los siente junto a su corazón y se consuela, y dentro de esa atmósfera de popularidad, su prólogo es como un desafío.—JANUARIO ESPINOSA.



EL COLERA AZUL, por *Ramón Gómez de la Serna*

Ramón es el escritor del que no se sabrá nunca cual es su obra maestra. Es tan sostenida su avalancha literaria, que puede adivinarse cierto frenesí en el escritor, alguna desesperada ansia de creación.

La literatura de Gómez de la Serna tiene dos particularidades de importancia, primero: El personaje, o los personajes, de sus novelas son vagos y no dejan en el lector una impresión muy profunda. Generalmente son tipos sintéticos y convencionales que representan, a veces, toda una psicología. Lo multitudinario predomina en ellos. Otras veces carecen de apellido; suelen llamarse Rebeca, don Ernesto, etc. Esta vaguedad representativa se explica si se repara en una segunda particularidad de Ramón: Para él, el hombre, está rodeado de cosas, de materias diferentes, que le crean sentimientos, impresiones y recuerdos. El tema esencial de casi toda su producción es este: Poetizar las impresiones anímicas que el hombre va recibiendo de las cosas de su contorno vital.

Su último libro, publicado por la Editorial Sur de Buenos Aires, trae un bello cuento titulado «Peluquería feliz». Tal vez en la «manera» de Ramón no pueda darse nada mejor que este poema sobre aquella peluquería de la infancia, que todos hemos tenido, y en donde como él dice «estaba todo el nexo de mi niñez, y los sillones eran como antiguos juguetes de mi infancia».

«Hay que haber vivido de niño en una casa con peluquería para saber lo que es eso, la alegría que queda depositada en el entresuelo, cómo la escalera tiene, hasta ese tramo, aire de escalera de teatro o de cinematógrafo mañanero».

Se podrían citar páginas enteras de continuo preciosismo sentimental, de aquella voluptuosidad indagadora que entre las cosas siente Gómez de la Serna, para la cual posee un punto de vista sobresaturado de barroquismo. Acerca de esta «manera» de Ramón, habría que decir que no tendrá discípulos ni dejará escuela. Como Proust él termina en sí mismo.

Gómez de la Serna es la fuente multicolor de la lengua en la que a veces la desventura tiene sus aguas moradas. «Y desde entonces me cortó el pelo en casa. Viene un peluquero y me trabaja la cabeza como si fuese un paralítico. Ya se puede

hacer eso, cuando una noche se nos ha extraviado la niñez, se nos ha escapado de la mano o la ha atropellado un crimen».

Se ha confundido con él la agilidad de la imagen, la infinita certeza para ver, con un deseo vulgar de humor y de disparate. Sin embargo, quedamos en un silencio pequeño después de leer «El barbero nos entrega el rostro rectificado». «Quiero ver todo el milagro del verano... es cuando la vida parece que se va a quedar a vivir permanentemente en nuestro barrio».

Ramón Gómez de la Serna, trata siempre de dar a los objetos un poco de humanidad. Una vez, allá por 1916, escribió un libro sobre todas las cosas viejas de Madrid: «El Rastro». Ramón bajó a diario hasta esa feria pintoresca para entablar su silente diálogo con las cosas derrotadas. «... Y más y más cosas en el fondo de los baúles»... «A todas las cosas les nace un galápagos en el alma, un animal así como un galápagos». Y esta es la confesión de lo que ven en las cosas sus ojos de niño imaginativo: objetos con entraña de animales. Al final de un atardecer encuentra a Pío Baroja en el Rastro y, corroborándose, lacerado por su secreto torcedor, nos lo describe casi como un objeto, «pues hay en él la suficiente reserva de sí mismo, la suficiente figura».

Con Gómez de la Serna se está siempre en deuda; hay muchos libros de él que no conocemos. Se leen aquellas cinco o seis novelas que le dieron gran categoría. José Bergamín ha dicho que Ramón es la encrucijada de todas las tendencias literarias, la inagotable cantera donde las nuevas generaciones elegirán un estilo. Todo lo ha intentado manteniendo su inconfundible personalidad. «El Cólera Azul» es un libro de cuentos cortos—reminiscencias y sueños sobre lo real—en el cual Ramón crea con perfección y plenitud «ese extraño hinterland del cual es amo y vasallo». Miles de cosas, objetos extraños o corrientes han entrado en sus libros. Ramón les descubre lo espiritual, el perfil imprevisto (El Galápagos) y los echa en el

libro. Cosas por toneladas que le dan a Ramón una euforia hietriónica.

Muchas cosas vió Gómez de la Serna en España. Descamos que en América las encuentre por montones, pues las cosas americanas tienen, tal vez, un corazón diferente.

«El Cólera Azul» es uno de los cuentos del libro, pero no el que nos gusta más. Aquí Ramón desenvuelve un mundo imaginativo del cual es creador absoluto, pero que al final le domina, obligándole a cortar con cierta brusquedad el relato. «El Cólera Azul» es un cuento de treinta páginas, también pudo haber tenido cien. En «Pueblo de Morenas», último cuento del libro está otra vez el mejor Ramón, lleno de aquel sano humorismo de la realidad, que le hace decir maravillosamente: «Tanta belleza morena les tenía consternados, porque no hay nada que dé más miedo a un inglés que el ver una morena». «Todos se habían comprado sombreros anchos, que se ponían como si se ensombrerasen con pequeñas plazas de toros». «No hay nada más indefenso que un inglés que ha reñido con su patria o su familia». «El señorito quería exportar a Inglaterra, el cante hondo, en jaulas para los ruiseñores».

«El Defensor del Cementerio», lo conocíamos de la «Revista de Occidente». Posee las mismas características de humor delicado sobre una realidad macabra y caricaturesca.

Ramón continúa impertérrito, gran capitán, dominado y dominante de un abigarrado mundo literario, presa del doble suplicio de conocer los problemas ajenos a él, a su mundo, y de mantener un silencio tan increíble como digno.—FERNANDO URIARTE.

LOS COMUNEROS, por *Germán Arciniegas*

Puedo decir que no son santos de mi devoción los innumerables historiadores de América. Y no es que sienta desapego